

mismos á quienes sirvió, no le agradecieron nunca el servicio. Así como, entre nosotros, los progresistas de abolengo no comprendieron jamás que de las dos niñas, á quienes habían defendido en la guerra civil, viéndolas juntas en la misma cuna, y juntas creciendo al amor de la libertad; entre los sacrificios de la democracia; la una, María Luisa, se hubiera erguido y ahogado á la otra, María Isabel; jamás comprendieron los montañeses, que Felipe de Orleans, contra todas las leyes religiosas y morales del mundo, hubiese votado la muerte de un pariente, con el cual tenía, no tan sólo aquellas obligaciones anudadas por la sangre, el respeto debido á sus propios títulos y privilegios generadores todos ellos de una inmensa fortuna, toda ella debida en último término á los Borbones. Cuando Felipe volvió á su banco, el anatema público se prolongó en términos de parecer que la Convención cambiaba. Y cuando ya se asentó, huyeron de su persona los montañeses mismos, apesar de haberles servido y adulado. Tras este incidente, se terminó la votación. El escrutinio resultó muy largo; y las perplejidades del público muy vivas. Equilibrados casi los votos que habían impuesto el destierro con los votos que habían impuesto la muerte, no podía, no, averiguarse los resultados á primera vista ni decirse con fácil y pronta palabra. Las palpitaciones de aquellos pechos duraron tanto cuanto duró el escrutinio. Al cabo se vió, que la Convención decretara la muerte. Vergniaud, quien presidía; ojeroso, pálido, trémulo; sin voz apenas, pues la resonante, que naturaleza le regalara, se perdía bajo su profunda emoción, hizo con mano convulsa el recuento de los votos y anunció con dejo siniestro la muerte irremediable. En estas sucede una incidencia que nos ha guardado la historia. Duchatel, convencional realista, se presentó, conducido por cuatro ugieres, en una camilla, moribundo, expirante casi, con la voz extinta y apagados los ojos, sombra verdadera de un cadáver insepulto, y votó contra la muerte, produciendo encontradas emociones en aquel dividido auditorio. Al fin, la muerte fué votada y la revolución cayó, como veremos, á tal voto, desde la Gironda y sus contemplaciones, en la Montaña y sus intransigencias. Historiemos antes la ejecución del Rey.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

Ejecución del Rey

ROMULGADA la sentencia capital, surgió importantísimo problema de la mayor transcendencia, que fué á saber, si debía verificarse la ejecución inmediatamente ó debía concederse al Rey un plazo, más ó menos breve, para la despedida indispensable de su familia y para el arreglo necesario de sus asuntos. Un diputado del alto Garona, montañés por sus ideas y por su historia, pero montañés templadísimo; en quien las exageraciones provenían del encendimiento, no del carácter; propuso después de haber votado la muerte, pensase la Convención si la sentencia debía en aquellos momentos ejecutarse, ó diferirse para mucho más tarde. Aunque parecía tal proposición favorable al Rey, resultó adversa. Con motivo del aplazamiento se trató la muerte; y con motivo de tratarse la muerte, se confirmó y se robusteció más y más la sentencia. En los anteriores escrutinios habíase visto ya este asunto, y quedaba por completo resuelto. Trescientos ochenta y siete votos pronunciaron la muerte inmediata, y trescientos treinta y cuatro la muerte condicional, ó la detención en una fortaleza interior, resultando á la postre cincuenta y tres votos de mayoría por la muerte. Tamaña cuestión, pues, iba ya prejuzgada por el Congreso mismo en persona. Sin embargo, los defensores quisieron hacer un último esfuerzo y demandaron audiencia nueva de los jueces. Danton votó por conceder tal audiencia; Robespierre por negarla. Y triunfó á la postre por gran mayoría el generoso propósito de Danton, contra el redomado propósito de Robespierre. Llegados los defensores á la barra, procedieron todos con el

valor sereno que tanto en la Historia los enaltece y hablaron á una con vigorosos razonamientos. Deseze y Tronchet hicieron prolijo y exacto análisis de los votos, observando la confusión reinante por necesidad de aquella suma, y los diversos motivos que cada cual alegaba; por lo que no podían reunirse tales sumandos, ni componer una homogénea cantidad. Para ellos el Rey fuera condeñado por una mayoría de siete votos únicamente; y estos siete votos se determinaban por tan diversos motivos, que no podían valer ni ante un jurado popular como la Convención, ni ante la conciencia de un pueblo como Francia. Malesherbes quiso añadir algo á lo expresado por los jurisconsultos, que dirigía y guiaba; pero sólo acertó á llorar. Aquellas lágrimas cayeron como lluvia vivificante sobre árido desierto. El sollozo terrible suyo, que hubiera partido las piedras, no partió, magüer su elocuencia, el corazón de los convencionales. Y nada más justo que lo pedido por Malesherbes, entre los sacudimientos de su dolor acerbo, nada más justo que un plazo de veinticuatro horas concedido á la defensa para estudiar en su brevedad los votos, y pedir después del estudio, cosa tan lógica y natural como el aplazamiento. La humanidad no se apaga del todo en las colectividades humanas, aunque las colectividades humanas se hallen dirigidas por sugerencias tan incontrastables como aquellas dimanadas del soberano movimiento de la revolución francesa. Cámara y público se conmovieron por breves segundos con profunda conmoción; pero vino sobre aquel incendio de caridad un espantoso nevasco de lógica, un discurso de Robespierre. Tal hombre parecía no tener ni entrañas, ni nervios; bajo la emoción general se presentaba como un ser abstracto; y creyéndose, por su frialdad, sobrehumano, resultaba inferior á la humanidad y confundido con las bestias feroces por sus crueldades. Viendo en todos los ojos lágrimas de compasión y escuchando latidos de caridad en todos los corazones, dijo cómo también él estaba conmovido, al igual de cualquier circunstante, cuando estaba helado al igual de cualquier estatua. Y así púsose á raciocinar sobre la muerte de un semejante suyo, como pudiera raciocinar sobre la muerte de cualquier animal inferior en cualquier matadero. Y afirmó la imposibilidad absoluta de acordar el aplazamiento. Admitido, la nación se hallaría en estado tal de perplejidad, que no podría pensar cosa alguna con madurez, ni cumplirla con acierto. Su dureza llegó hasta revolverse contra los que conmueven el corazón de las colectividades en pro de los tiranos y coronan á estos con una compasión inmerecida. Para él cuantos trabajaban entusiasmados por Luis XVI, trabajaban despiadadísimos contra la República; y cuantos trabajan despiadadísimos contra la República merecían una persecución incansable, por enemigos del público reposo. No podía, pues, el aplazamiento concederse. La Gironda, en este caso, procedió como proceder solía en todos los casos, con penosísima incertidumbre. Guadet, uno de los corifeos, negó el aplazamiento, pero propuso que se oyese la palabra del defensor al día siguiente. La sesión se levantó en punto de las once. Al salir los diputados era ya media noche. Todas las casas estaban iluminadas, ilu-

minación dispuesta para esclarecerlas, evitando en las sombras los crímenes conexos con una situación semejante. Luces tales pudieron alejar la noche del espacio, pero no pudieron alejar la noche del espíritu. París estaba espantado.

En sesión acabada tan tarde; no se votó el aplazamiento. Así, el día diez y ocho de tal mes extraordinario, reapareció de nuevo tamaño problema y de nuevo se puso en tela de juicio. Para los montañeses el aplazamiento inhabilitaba los votos dados por la Convención y eludía la capital sentencia. Si mostraban los legisladores alguna debilidad, según los montañeses, ardería enseguida la guerra civil, alimentada por los rescoldos de supersticiones aun existentes en el seno de Francia. Por hacer vivir un hombre, traeríanse miles de muertes. Así, el diez y ocho; todos los montañeses porfiaron en la sesión por mantener la palabra humanidad, tan jesuiticamente aplicada, en el discurso anterior de Robespierre, á un hecho inhumano. Talien, destinado en los misterios y horóscopos del destino á matar al dictador, llamándole tirano, estaba entonces bajo su dirección y pertenecía entonces á su partido. Joven, elegante, afluente, mundano, comunicativo; sin escrúpulos, por no tener conciencia, y sin más afectos que los instintos animales, por no tener corazón; comentaba, como todos los talentos de tercer orden, las palabras del jefe, á roso y veloso, para, complaciéndole y adulándole á él con adulaciones y complacencias serviles, prosperarse y servirse á sí mismo. «Nada de aplazamientos, dijo. La humanidad así lo pide. Hay que abreviar las angustias del Rey; no podemos, sin manifiesta crueldad y barbarie, dejarlo tanto tiempo bajo su penosa incertidumbre y perplejidad.» Entre aquel coro de sicofantas, acompañando la carroza de un triunfador como Robespierre, no podía solo hallarse y aislado, Talien. Así Couthon se condeue á su vez, exclamando, en nombre de la humanidad, que aquel juicio, sin cosa ninguna de particular y excepcional, debía cumplirse, como todos los otros, á las veinticuatro horas. Parece imposible se pudiera decir especie tan absurda, como que aquel juicio no tenía nada de extraordinario; cuando, por él, un cuerpo exclusivamente político se convertía en cuerpo judicial; por él, unos rebeldes, como los rebeldes del diez de Agosto, se erigían desatentados en jueces del mismo á quien destronaran y vencieran; por él, golpeaban á las puertas de aquel tribunal con repetidos golpes los representantes de las naciones extranjeras, por él, aquellos mismos convencionales no acertaban á decir, si procedían en virtud del derecho y de la justicia, principios de la humanidad, ó en virtud de la Razón de Estado y de la salud pública, principios del despotismo. Los robespieristas, sin embargo, encastillábanse con orgullo en la palabra soberbia de su jefe; y traían y llevaban la humanidad como un tópicos en la inhumanidad de sus pensamientos y de sus actos. Para que sus guerrilleros no perdiesen pie, Robespierre corrió mil veces á su auxilio y mil veces adujo el concepto de lo humano, queriendo compadecerlo, cuando era incompatible, por lo inhumano del propósito. La Convención se cansó de aquel discreteo jesuítico, de aquella burla sangrienta, de aquel equivoco per-

durable; y oradores valerosos de la derecha desenmascararon la hipocresía y los hipócritas. Algo debió influir en los diputados este valor, cuando la sesión del día diez y ocho se levantó á las diez y media de su noche, sin haberse tomado resolución alguna. En vano los montañeses repugnaron el irse de allí; en vano vociferaron en gritos y palabras discordes hasta la media noche, ya muy entrada; en vano propusieron el degüello universal de los girondinos y de los realistas; en vano manotearon cual si pertenecieran á una grande conjura y fueran verdaderos conjurados: el presidente, por ellos elegido con tumulto, entre los espasmos y fragores de aquel aquelarre, les reconvino por semejante acceso de rabia, parecida de suyo á la baba de los perros hidrófobos; y su natural defensor, el vecero Santerre, jefe de la guardia nacional, les dijo cuán agitado estaba París y cómo no convenía exacerbarlo; consiguiendo uno y otro dejaran sus asientos y se fueran en plena tranquilidad á sus casas. Pero la incoherencia de los diputados continuaba, y muy recrudescida, por la confusión de los espíritus. Quien hubiese tenido en aquel momento una idea concreta, y con esta idea concreta una voluntad firme de realizarla, desconcierta seguramente á los montañeses y salva de aquel enorme crimen al pueblo. Mas la Gironda garruleó todo el día en discusiones sin motivo y sin objeto, dando tiempo al tiempo para dilatar aquellas medidas que hubieran impedido la catástrofe. Unos girondinos renovaron las inoportunas proposiciones antiguas contra los Orleans; otros distrajeron el general interés de la cuestión capital, formulando leyes y proyectos de ley, que no tenían moral sentido ninguno en tan horribles circunstancias; el más valeroso de todos, es decir, Brissot, mostró el estado horrible de la Europa monárquica, y expuso cómo los Reyes se coligarían inmediatamente contra los pueblos, si la ejecución del Monarca no se aplazase; mientras Payne y Barrere discretearon y discutieron, el uno por escrito, el otro de palabra, sobre la muerte; consiguiendo éste último, después de aducir un señuelo tan burdo, como que la vida del Rey evitaba todos los verdaderos progresos y ahogaba todas las ideas revolucionarias, votase aquel tribunal por cuatrocientos votos contra trescientos, la muerte inmediata, sin apelaciones inútiles al pueblo y sin peligrosos aplazamientos. Una sesión, que había comenzado en la tarde del diez y nueve, concluyó en la mañana del veinte. Allí murió Luis XVI, para quien el Parlamento no tuvo ni misericordia ni piedad, cuando tan dudosa era para el mismo Parlamento su justicia.

En tal día veinte, domingo por más señas, se perpetró uno de los actos más terribles, guardados por la Revolución en sus anales y uno de los más trascendentes al sesgo tomado por los asuntos públicos. En los espacios más céntricos y lujosos del París moderno hállase una calle, que lleva este título, calle de Lepelletier. Entre las mejores medidas municipales, puestas en moda hoy por los ayuntamientos, hállase la frecuentísima de titular las plazas y calles con apellidos ilustres, cuyo empleo, provocando mucho la curiosidad, sirve mucho á la historia. ¿Qué recuerda la calle de Lepelletier? Pues recuerda